

Un pinche día, Jaime

Antonio Ramos Revillas



SE LLAMA JAIME Y ME BAJÓ A LA NOVIA; claro, yo lo ayudé. En mi última discusión con Olga ella terminó comparándonos. Alabó la amplia cultura de Jaime, su generosidad, su servicio comunitario en las casas hogar. En cambio, me reprochó mi falta de modales, el tiempo perdido con los amigos, incluso, me echó en cara con uno de sus últimos argumentos infantiles mi falta de idiomas. “Con Jaime hasta puedo hablar en italiano si quiero”, dijo con cierto cansancio en la voz. Después Olga comenzó a llorar y me entregó un anillo de plata —en realidad era de albaca— que le había regalado en un aniversario de novios. No hacía falta que le dijera: “si tanto quieres a Jaime, vete con él”. Lo dijo entre lágrimas, mientras pintaba su soledad y la mía,

la soledad de Jaime, mientras argumentaba, con esas explicaciones tontas de cualquier separación, lo mucho que le dolía dejarme. Y se fue.

A las dos semanas ya eran novios. Unos novios “bonitos”, le oí decir a alguien. Esos primeros días de su noviazgo se vivió algo de tensión en la oficina. Los demás miraban a la nueva pareja y después a mí y cuchicheaban. Yo: serio. No era momento para dar de qué hablar, pero pronto descubrí que en una separación toda actitud del dejado tiene la misma elocuencia y significado: “pobre Ernesto”. No ayudó que Jaime, con un gesto generoso, quisiera aclararme la situación. Lo vi venir, era mi momento; si quería golpearlo, era mi oportunidad, pero Jaime incluso ahí me derrotó. Un día, antes de la hora de la comida, se me acercó y me dijo que lamentaba mucho la separación, me dijo que amaba a Olga, me extendió la mano, me ofreció su amistad. Había testigos y no pude más que estrecharlo. “Ya verás un pinche día”, le dije al oído, pero Jaime ni se inmutó.

Por esas fechas, Jaime vivía solo en un departamento que rentaba cerca de la oficina y yo del otro lado de la ciudad. Hasta en eso tenía suerte. Su puesto como asistente de uno de los directivos más importantes de la empresa le permitía esos lujos y más. También le habían dado un carro de la empresa para agilizar sus viajes, un carro no del año pero que nunca se quedaba parado como otros. Jaime siempre andaba bien vestido, con los pantalones con raya a fuerza de tanto planchado. Le dejaba dulces a las secretarias. A veces llegaba con bolsas con chocolates y camino a su lugar iba dejando uno en cada escritorio.

Ni qué decir, las secretarias lo amaban y los directivos también por su puntualidad, su efectividad para solucionar contratiempos. Además estaban sus actividades extralaborales, su ayuda a los ancianos, a niños enfermos... Sí, el pinche Jaime era complejo. Yo buscaba a sus enemigos, otros con quienes reunirme para hablar mal de él, para acuchillarlo al menos con palabras, pero no encontraba a nadie. Jaime era muy querido. Qué fastidio esa gente que intenta estar bien con todos. Qué fastidio cuando los odias y no hay nadie que te ayude a cargar el rencor, a compartirlo, a regarlo con suaves dentelladas.

Olga se veía bien con él. Se había puesto más bonita. Se tiñó el pelo de rubio y comenzó a utilizar collares sin tantas piedras. Hasta creo que adelgazó un poco más hasta alcanzar una figura envidiable. Cuando andaba conmigo siempre le decían que no hacíamos bonita pareja, pero ella me aguantó. Soportó todo lo posible, pero es historia vieja, ni a quién le importe. Ahora los miraba juntos y nada más sentía un dolor en el pecho. Pelearme con Jaime me acarrearía el despido. Rumiaba mi mala suerte, mi cercanía con ese dechado de virtudes. De camino a casa imaginaba a Olga y a él en alguna butaca del cine o cenando en buenos restaurantes y al llegar a casa y ver la cena de mi madre me daban ganas de tomar el plato y arrojarlo contra la pared.

“Ya verás, Jaime, un pinche día” se convirtió en mi lema, mi frase. Me dormía con ella. Despertaba con ella. En la oficina, la oración se mantenía en su estado más bajo, adormecida por el trabajo, pero cascabeleaba al ver a Jaime camino al comedor o cuando encontraba a Olga en la fotocopidora o la máquina de café. Pero no había forma de hacerle daño. Podría golpearlo, podía esparcir rumores sobre él, pero tan mala era mi suerte que seguro esas frases se me iban a revertir.

Mientras tanto, él seguía en su ruta sin escalas al éxito. Se abrió una nueva coordinación y lo nombraron gerente del proyecto. Se corrió el rumor de que ese proyecto tenía dinero e iban a pasar empleados de otras alas a engrosar aquella coordinación, con un extraño aumento de sueldo. “Aquí se te va a ver el cobre”, me dije, “a la primera que vas a llamar será a Olga”; pero no pude decir ni pío porque a quien llamó fue a mí.

—Tú siempre has sido muy capaz —me dijo—, te quiero en el equipo.

Y me fui, claro, pinche Jaime. Olga tenía sus reticencias. A veces, cuando nos miraba platicar desde su escritorio, le notaba una mortificación extraña, un apuro que no lograba ocultar. Era tanto que se ponía en pie y nos interrumpía con cualquier pretexto, besaba a Jaime de una manera un poco desesperada, le pasaba las manos por la espalda. Con los meses, mientras apuntalábamos el producto que no interesa mencionar en este momento, el terror de Olga desapareció aunque a veces se mantenía alerta. En todo ese tiempo me convertí en una sombra de Jaime: supe qué le



Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

gustaba leer, qué pensaba de la vida, conocí a varios de sus amigos, hasta a una de sus hermanas, aparenté una amistad tranquila con Olga, incluso los acompañé a cenar algunas veces, y sí, comía, pero también observaba de reojo los pechos firmes de Olga, recordaba mis labios sobre ellos, en fin. Los veía muy contentos, felices. En la oficina se corría el rumor de que eran felices, pero “castos”. Si acaso eso era lo único “malo” de Jaime y Olga, aunque conocía a mi ex novia y ella no podría mantenerse mucho tiempo sin coger.

Cuando el producto resultó un éxito, Jaime nos invitó a cenar a todos a un buffet. Aquello fue una tarde inolvidable: casi veinte empleados y todos comiendo de lo mejor, con buen vino, con un servicio de primera. La comida era deliciosa. La carne se cortaba al

menor esfuerzo. Las verduras estaban frescas, con la dosis perfecta de mantequilla, sé que esto no viene a la historia, pero cómo me fastidian las verduras que se cuecen con poca mantequilla y nada más sueltan agua y saben muy mal. Jaime sonreía a todos, nos daba las gracias. Nos contó de un viejo que había conocido en un asilo y nos compartió el lema que el anciano le había contado para tener éxito en la vida. No puedo olvidar la mirada orgullosa de Olga. A mí nunca me había mirado así. Un pinche día, Jaime.

Quién sabe qué tiempo necesita el rencor para madurar, para explotar. Mi rencor estalló una mañana cuando Jaime me dio las llaves de su casa para que cuidara a sus gatos. Iba a salir de viaje con Olga, una luna de miel adelantada, me dijo con un par de guiños cómplices. Estábamos en su casa y él jugueteaba con un foco, un foco blanco para ahorrar la luz.



—Jaime —le dije puntual—, tú eres mi amigo.
Se detuvo en seco y dejó las llaves sobre el escritorio.

—¿Qué pasa?

—Disculpa que te pregunte esto pero... ¿tú y Olga ya cogieron?

Se puso rojo, se recargó en el asiento, le aparecieron los nervios.

—No, bueno, no, aún no... este, hemos querido esperar. Fue decisión de ella.

—Ah... entonces no sabes... —y sonreí con toda la felicidad posible, con una nostalgia que no supe de dónde me salió.

—¿Qué pasa? ¿Ella está bien? Dime, anda.

Guardé silencio y volví la vista hacia el resto de la casa. Tenía una buena decoración, casa minimalista en la que sobresalían los tonos azules. Desde la sala se podía ver un largo comedor y al final una cocina blanca que recibía la luz de la mañana. Miré una fotografía de Olga que estaba sobre una repisa, en uno de los libreros.

—Olga da las mejores cogidas del mundo. Sabe qué hacer con la lengua y con tu verga.

Jaime se quedó azorado. Supongo que no es fácil escuchar de otro las virtudes sexuales de la mujer que amas. Y comencé a contarle de una vez que Olga y yo nos habíamos quedado en la casa, en mi habitación, un día caluroso.

“Era una casa pequeña, así, como la tuya. Tenía libreros. Yo había intentado leer mientras ella salía de la regadera. Cuando apareció, sus cabellos mojados le caían por en medio de los senos. ¿Al menos ya le miraste los pezones? Unos pezones con la forma exacta. Me acerqué y primero le lamí las gotas que resbalaban por entre sus pechos.”

Le conté por dónde estuvo su lengua, las presiones exactas, la forma como se acomodaba bajo las sábanas, entre mis piernas. Le dije de sus extraños gemidos, casi parecidos al llanto. Mientras Jaime sólo escuchaba aterrorizado.

—Tú eres mi amigo, Jaime, y como te estimo, te diré otro secreto.

Jaime ni respondió mientras miraba la imagen de Olga en la fotografía. Se había quedado en silencio. Uno de sus gatos paseó por entre mis piernas y levantó la cola, esponjada. No hice ni por buscarla. Jaime aguardaba, impaciente:

—Le gusta que le peguen.

Contuve la risa cuando Jaime se arrellanó en el asiento.

—Si le pegas sin que te lo pida, le va a gustar más. Fue uno de sus secretos. Ahora yo te lo paso con toda la felicidad del mundo.

—¿Pegarle con qué?

—No, claro que no... es con algo que seguro tienes aquí en tu casa, es más, déjame buscarlo.

Y entonces caminé por la casa del buen Jaime. Miré en la sala sin encontrar el objeto, luego le pedí permiso para ir a la cocina. Hurgué entre los cajones hasta que finalmente encontré lo que buscaba: la pala para calentar las tortillas: una pala negra, de plástico, que tenía las orillas quemadas, con suaves hendiduras producto de otras batallas en la estufa.

Jaime ya no dijo nada. Me entregó las llaves y me indicó cada cuánto debía de ir a hablar con los gatos, que eran dos, además de la que se había paseado entre mis piernas. Al día siguiente Olga y él faltaron a la oficina y se fueron a su luna de miel adelantada. Por la noche fui a ver a los animales. Llegué como a las nueve y abrí una botella de vodka que Jaime tenía. Me senté en el sillón y empecé a beber lentamente. Recordé cuando Olga se enredaba en mis piernas, su mirada lúbrica y sonreí. Me encaminé a la cocina y abrí el cajón de las cucharas. Sonreí al encontrar una pala nueva para cambiar las tortillas, de aluminio, con el mango de madera. En el bote de basura se encontraba la pala vieja. Pinche Jaime. Sobresalía la parte superior entre el cartón desechado donde había venido la otra. No me fui de la casa hasta la mañana siguiente. Por supuesto dejé la puerta abierta. 